

EL CUERPO ROBADO

TEXTO_ELENA LEDDA FOTOGRAFIA_GIANLUCA BATTISTA

*"No quiero venganza, sino justicia. Seguiré adelante
y espero un día poder ser, por fin, una chica libre".*

Violada durante años por un grupo de vecinos, algunos ligados a la mafia, Anna Maria Scarfò tiene el apoyo de los tribunales, pero no el de su pueblo. Desde 2010 vive bajo protección en una localidad secreta

"Calla. Eres cosa nuestra y tienes que hacer lo que digamos". Este es el mensaje que Anna Maria ha oído, como un mantra, en los tres años que todavía revive cada día. Todo empezó el 4 de abril de 1999 en San Martino di Taurianova, un pueblo de apenas dos mil almas de la Piana di Gioia Tauro, en Calabria, Italia. La zona es uno de los principales fuertes de la 'ndrangheta, hoy reconocida como la organización criminal italiana más poderosa. Anna Maria Scarfò tiene 13 años, va al instituto y todavía no ha dado su primer beso. Domenico Cucinotta tiene 21 y trabaja en un almacén de ladrillos. Es su primer ligue. Con la excusa de hablarle, él la invita a subir al coche y la lleva a las afueras del pueblo, a un casal abandonado donde les esperan tres amigos de Domenico. A turno, la violan. Cuando se rebela, la pegan. Luego la abandonan en un callejón del pueblo. La han advertido: si cuentas algo, te matamos a ti y a tu familia.

Anna Maria es una joven reservada, que no confía nada a nadie. Con sus padres, que trabajan del amanecer al atardecer, tiene una relación "cerrada". Ahora, además, los quiere proteger. Tiene miedo. Decide entonces pedir ayuda al cura del pueblo. En voz baja cuenta a don Scordo los acontecimientos de la noche anterior, hace nombres y apellidos. "No puedes hacer un escándalo. Ni siquiera tú sabes bien qué pasó. Te tienes que calmar", le dice el capellán. Le ofrece llevarla a una casa de acogida y hablar con una psicóloga y con una monja, Cosima Rizzo, quien le hace un test de embarazo. "Desde ese día me encerré en el silencio. Me dije «si no

me ayuda él, ¿quién más podría?”

Años después don Scordo declarará en tribunal que Anna Maria únicamente le había hablado de una 'molestia recibida', sin mencionar ningún nombre. Y la describirá como una adolescente provocadora que él, preocupado, había tenido que reprender en varias ocasiones para que vistiera de forma más decente y volviera a casa más temprano. En 2012 Antonio Scordo y Cosima Rizzo serán condenados a un año de cárcel, con suspensión de condena, por decir falso testimonio durante el proceso por violencia sexual de grupo hacia Anna Maria Scarfò.

“Estas personas me siguieron buscando y tomando. Yo casi siempre fui porque tenía miedo de que pudieran contarlo por allí y hacerme una mala reputación en el pueblo”, explicará Anna Maria años después a los jueces.

“El de San Martino es un contexto de señorío territorial, de control total de las personas y de los recursos, de las mujeres y de sus cuerpos”, explica Sabrina Garofalo, socióloga calabresa experta en cuestiones de género y mafia. “La vergüenza, la venganza y el honor son los pilares que permiten la reproducción del poder sobre los territorios: el miedo a lo que dice la gente se usa para impedir que las personas actúen de una forma u otra. Y el honor de una familia pasa en primer lugar por el comportamiento de las mujeres: es el velo que cubre sus cuerpos”.

VENDIDA Y VEJADA

A los cuatro violadores de la primera noche, pronto se sumaron otros amigos, y después amigos de los amigos. Incluso un amigo de la familia Scarfò. En total, los violadores fijos son doce. La esconden en coches por las calles del pueblo y la llevan al casal, a un establo, a sus casas. La usan como mercancía de intercambio de favores y, al menos en una ocasión, la venden a cambio de dinero. Y enseguida se sabe en el pueblo. “Casi desde el principio todo el mundo me apartó. Ni siquiera mis compañeros de clase me querían cerca porque, decían «tú eres la puta del pueblo». Me han

hecho sentir sucia y culpable, todos. Al final solo les tenía a ellos". Ellos, la mayoría en sus veinte, camioneros, obreros, todos con novias o esposas. Algunos, poderosos en el pueblo. Hijos de familias mafiosas conocidas y temidas. En esos tres años fue atada, golpeada, amenazada de muerte con un rifle apuntado a la boca. "Más de una vez he tenido miedo a morir, he gritado y nadie me ha oído. He rogado a Dios y les he suplicado a ellos, pero no servía de nada, eran unas bestias", cuenta mirándome fijamente. "Estaba tan desesperada que más de una vez les dije «Matadme, es mejor, no puedo más». Ellos reían. Para ellos era un juego".

Hoy Anna Maria tiene 28 años. La encontramos en la sede central de la policía criminal en una lluviosa mañana de primavera romana. Lleva un cárdigan fucsia, pantalón negro y botas blancas. Está muy tensa. Cuando habla, haciendo respiros profundos, se muerde los labios y juega nerviosamente con un trocito de papel dejado en una mesa de al lado. En más ocasiones pide hacer una pausa. El maquillaje preciso pronto se escurre. Se arrepiente de habérselo puesto. La acompaña su hermana Concetta, de unos años más joven. Está para darle apoyo antes y después, pero no quiere que asista a la entrevista. La quiere proteger. Ha sido precisamente esta voluntad, y el deseo de terminar la pesadilla que vivía, a dar la fuerza a Anna Maria para denunciar, entre el 2002 y el 2003, a 12 hombres de su pueblo, muchos de los cuales vecinos de casa. "Una noche me apuntaron con un cuchillo diciéndome «te vamos a matar; ahora queremos a tu hermana». Lo habéis tomado todo de mí. Podéis matarme pero a mi hermana no la tendréis nunca", les dije. Por ese entonces Anna Maria trabaja en una pizzeria. Cuando entra un carabinero que conoce, toma el valor y se lo cuenta todo.

El mismo día de la denuncia, uno de los acosadores se acerca a su madre. Han visto a Anna Maria entrar en la comisaría y quiere informaciones. La madre, que a los jueces dirá no haber ni siquiera sospechado nunca que su hija fuera involucrada en una situación de ese tipo, pide explicaciones a Anna Maria. "Se lo conté por encima. Nunca he entrado en detalles con mis padres

porque, todavía hoy, tengo miedo de herirles", explica. El padre la acompaña a la comisaría para que retire la denuncia. "Les tenía miedo a esas personas. Yo les dije que seguiría adelante. Mi madre no dijo nada, no sé qué pensó ni sentí, no lo hablamos". La reacción del padre no la sorprende: "Yo para esa mentalidad había perdido mi honor".

ACOSADA EN EL MISMO PUEBLO

La respuesta a las denuncias de los imputados y de sus madres, mujeres, hermanas y hermanos, especialmente de los vinculados a la 'ndrangheta, no se hicieron esperar. "Recibía amenazas a diario. Me mataron un perro, quemaron el portal de casa, incluso uno de ellos me agredió en la calle. Al final vivía encerrada en casa", recuerda. "Cuando caminábamos juntas por las calles del pueblo, nos lanzaban colillas desde los balcones", recuerda Cristina Zagaria, cronista del diario *La Repubblica*, quien fue a San Martino para escribir 'Malanova' (Sperling & Kupfer, 2010), el libro que cuenta la historia de Anna Maria. Malanova significa "la que trae malas noticias" y es como llamaban a Anna Maria en San Martino). "Yo hubiese querido hablar con el pueblo, pero fue imposible", continúa Zagaria.

Tanto el padre de Scarfò, carrocerero, como la madre, limpiadora en casas privadas, pronto se quedaron sin trabajo. "Ya nadie les querían, porque eran los padres de la infame", explica Anna Maria. "Igual que las otras mujeres que hablan, ella molesta porque, al denunciar, hace visible una realidad que se había quedado en la sombra. Rompe un sistema que, sobre todo como mujer, se esperaba que ella reprodujera", apunta la socióloga Garofalo.

"Omertà no solo es callar, porque también el silencio tiene muchas formas", explica Garofalo. "Está el del miedo, el de la necesidad, el de la connivencia y el de la indiferencia. Y luego está el silencio institucional, el marco que lo permite todo y que consiste en no considerar prioridad la violencia hacia las mujeres, en no formar una sociedad civil y unas fuerzas policiales para que sean capaces de resistir a ciertos mecanismos".

Anna Maria denuncia o señala cada uno de los actos intimidatorios. Sin embargo, solo en 2010 y gracias a la por entonces nueva ley sobre stalking (acoso) el estado responde ofreciéndole, a ella y a su familia, entrar en el programa de protección del ministerio del interior. Es la primera persona en Italia en recibir protección por acoso. "Cuando pasaron los hechos había poca sensibilidad respecto a la violencia hacia las mujeres y ha sido también gracias a nuestra batalla que ciertas problemáticas han emergido y obtenido respuestas de las instituciones", opina Rosalba Sciarrone, abogada de Anna Maria desde el principio. Hoy ella y su hermana Concetta viven con su perro, Zeus, en una localidad secreta. Anna Maria recibe del estado un sueldo mensual que le permite tirar adelante el apoyo de una psicóloga. No trabaja ni estudia: "todavía no me siento preparada", explica. Hace un año también sus padres se mudaron a la misma localidad. Es *testimone di giustizia*, ya que algunas de las personas que denunció están relacionadas con la 'ndrangheta. No obstante hayan pasado muchos años, no pasa ni un día sin que el pasado siga siendo presente. "Siento aún sus manos encima, sus voces, mi cuerpo robado". Sin embargo lucha por seguir adelante: "En la mala suerte he tenido la buena suerte de tener este programa, que me ha permitido comenzar de nuevo. Hoy, si miro fuera de la ventana, no tengo a nadie que me insulte".

Doce años después de su primera denuncia, Anna Maria sigue yendo a los tribunales. Ahora, sin embargo, ya no está sola. Desde que su historia se conociera gracias al libro de Zagaria -a pesar de que la historia haya tenido muy poco eco en los medios italianos- y a la pertenencia al programa de protección, varias asociaciones de mujeres y antimafia la acompañan a las audiencias. Donde tiene que seguir encontrándose con quienes, dice, le robaron la adolescencia. De los once condenados por violencia sexual de grupo, cinco quedan libres a la espera del último recurso. Las condenas definitivas a los otros seis, que no superaron los cuatro años de cárcel, han sido descontadas en su gran mayoría con domiciliarias. La resolución de la sentencia de primer grado por

amenazas, insultos y molestias para 16 personas de San Martino (muchas de las cuales ya condenadas por violencia sexual) es de es de 8 absoluciones y la suspensión de condena para 5 de los 8 condenados.

"Yo no quiero venganza, sino justicia", aclara Anna Maria.

"Seguiré adelante y contando mi historia para que otras mujeres entiendan que no hay que tener miedo ni vergüenza y se animen a denunciar. Porque si yo he sobrevivido a todo esto, aunque el dolor me esté matando cada día, significa que podemos. Seguiré adelante porque quiero dar a mi hermana un futuro mejor y espero yo también ser por fin, un día, una chica libre".

PIE DE FOTO: La entrevista a Anna Maria Scarfò, en la imagen, tiene lugar en la sede central de la policía criminal de Roma. Está nerviosa. Quiere salvaguardar su intimidad. Desde 2010 vive protegida en una localidad secreta. Estoy atendida por la gente de mi alrededor y he encontrado a mis ángeles, gracias a los cuales puedo seguir adelante", dice mirando a los dos chicos de la escolta. "Mirarlos me da seguridad".



*ESTA TRADUCCIÓN CORRESPONDE A LA VERSIÓN ORIGINAL

A handwritten signature in black ink, consisting of a stylized 'A' followed by a flourish.